

(*Pernoctans in oratione Dei.*—Luc., VI, 12); y cuando en el Huerto de las Olivas oró tres veces, únicamente en la última descendió el ángel del cielo para confortarle. ¡Y nosotros queremos ser oídos al punto que lo solicitamos! Tengamos, pues, presente que Dios, como hizo notar San Gregorio, «quiere que le roguemos, quiere que le hagamos violencia, quiere ser vencido con cierta importunidad (1)»; que por algo está escrito: «*El reino de los cielos padece fuerza y le arrebatan los que se violentan* (2).»

Tal es, en resumen, la naturaleza y excelencia de la oración, y tal la preparación y las condiciones con que debe hacerse; y como es asunto de tanta importancia en la vida espiritual, bueno será que llevemos siempre en la memoria la Epístola de este día, y que resuenen sin cesar en nuestros oídos aquellas expresiones de San Pedro: «*Hermanos, estad todos unánimes en la oración, complacientes, amadores de la hermandad, misericordiosos y humildes*»; pues haciéndolo de esta manera, el Señor Dios nuestro, que desea llevarnos al cielo, nos dará su gracia copiosa en esta vida y después la gloria en la otra. Amén.

HOMILÍA 2.^a

Para el Domingo V después de Pentecostés.

Compendio de la santidad.

HERMANOS míos amadísimos: La Epístola de la presente Dominica es un tratado completo de santidad y de perfección cristianas. En los primeros versículos comienza ya exhortándonos á que tengamos todos un mismo corazón, y á que seamos compasivos, amadores de la hermandad, misericordiosos y humildes, no volviendo nunca mal por mal, ni maldición por maldición, sino,

(1) Vult Deus rogari; vult cogi; vult quadam importunitate vinci. (S. Gregor., in Psalm. VI.)

(2) Regnum coelorum vim patitur, et violenti rapiunt illud. (Matth., XI, 12.)

por el contrario, bendiciendo á todos... y después pasa á darnos las razones en que se funda, diciendo de esta manera:

«*Porque el que quiere amar la vida y ver los días buenos, refrene su lengua para que no hable lo malo, y custodie bien sus labios para que en ellos no haya engaño. Apártese del mal, y haga bien, busque la paz y vaya en pos de ella; porque los ojos del Señor están sobre los justos, y sus oídos en los ruegos de ellos; mas el rostro del mismo Señor está sobre los que hacen mal. ¿Quién podrá dañaros, si abrazaís el bien? Si alguna cosa padecéis por la justicia, sois bienaventurados. Por tanto, no temáis (á vuestros enemigos), y no seáis turbados, sino santificad en vuestros corazones á Cristo nuestro Señor.*» (I Petr., III, 10 á 15.)

Confieso, amados míos, que al ver tanta y tan sublime doctrina encerrada en las cortisimas frases de esta Epístola, no sé qué decir ni cómo comenzar. Todo es magnífico y grandioso, todo importante y necesario, y por lo mismo, me ceñiré sólo á brevísimas indicaciones sobre los dos puntos siguientes:

- 1.º Necesidad de reprimir la lengua.
- 2.º El modo de obtener la paz cristiana.

PUNTO 1.º

DE CUÁNTO IMPORTA REFRENAR LA LENGUA

«*La vida y la muerte*—dice el Espíritu Santo en los Proverbios—*penden de la lengua* (1); es decir, de la lengua en cuanto es instrumento de la locución humana, porque «*con ella bendecimos á Dios Padre, y con ella maldecimos á los hombres, que son hechos á semejanza del mismo Dios.*» (Jacob., III 9.) En el primer caso la lengua nos da la vida del alma; en el segundo, nos causa la muerte espiritual del alma misma; y por eso, sin duda, el santo Rey David dijo: «*Lo he resuelto: guardaré mis caminos, para no pecar con mi lengua* (2).» Hermosa resolución que el Príncipe de los Apóstoles trata de inculcar á los fieles cristianos, diciendo en la Epístola de este día: «*El que quiere amar la vida y ver los días buenos, refrene su lengua para que no hable lo malo y custodie sus labios para que en ellos no haya engaño.*» (Verso 10.)

(1) Mors et vita in manu linguae. (Prov., XXVIII, 21.)

(2) Dixi: Custodiam vias meas, ut non delinquam in lingua mea. (Psalm. XXXVIII, 2.)

Notemos bien, amados míos, lo que esto significa, porque á todos nos interesa. «*Querer amar la vida y ver los días buenos*, es lo mismo que desear la paz en esta vida y la gloria en la otra, y como esto todos lo deseamos, he aquí por qué á todos nos obliga refrenar nuestra lengua para que jamás se desmande. Es punto menos que imposible tener paz en el corazón dejando libre la lengua, y por eso nos dice á todos el Espíritu Santo: «*Haz puertas y cerrojos á tu boca; funde tu oro y tu plata, y haz una balanza para pesar en ella todas tus palabras, y pon frenos rectos á tu lengua, cuidando mucho de no resbalar con ella ni casualmente.*» (Eccles., XXVIII, 28 á 30.)

¡Qué palabras! carísimos hermanos. ¡Hacer puertas y cerrojos á nuestra boca! Como diciendo: No se ha de tener la boca siempre cerrada como con sello, porque muchas veces es preciso hablar y se hace con la lengua mucho bien; pero es de necesidad mirar cuidadosamente las palabras que han de salir de nuestros labios, y cómo y cuándo han de salir, y para ello conviene que haya *puertas* en la boca y aun *cerrojos*, para que se abra y se cierre solamente cuando convenga y como convenga.

Y aun después de asegurados de que es preciso que salgan las palabras, hay que irse con mucho tiento y pesar bien su valor, su oportunidad y su alcance, que por eso añade el sagrado texto: «*Funde tu oro y tu plata, y haz una balanza para pesar en ella todas tus palabras.*»—Que es como si dijera: «Mucho vale la plata y más el oro, pero vale todavía más pesar y considerar bien las palabras que salgan de nuestros labios.» Y todavía debió parecerle poco al Señor, pues añade á continuación: «*Haz frenos rectos para tu boca*»; esto es, contén la lengua para que no hable sino lo que sea justo y conforme á razón, y además «*ten cuidado para que no se resbale por casualidad*».

¡Qué precauciones! ¿Por qué será tanto esmero?—El mismo Espíritu Santo lo dice: «*Porque en el mucho hablar no faltará pecado... y porque de toda palabra ociosa que hablen los hombres, darán cuenta de ella en el día del juicio. Por tus palabras—añade el Señor—serás justificado, y por tus palabras serás condenado* (1).» No es, pues, de maravillar que nuestra Santa Madre la Iglesia levante su voz augusta en el día de hoy y diga en nuestra Epístola: «*El que quiere amar la vida y ver los días buenos, refrene su lengua para que no hable lo*

(1) In multiloquio non deerit peccatum. (Prov., X, 19.)—Quoniam omne verbum otiosum, quod locuti fuerint homines, reddent rationem de eo in die iudicii. Ex verbis enim tuis justificaveris et ex verbis tuis condemnaveris. (Matth., XII, 36 y 37.)

malo, y custodie bien sus labios para que en ellos no haya engaño.» (Verso 10.)

¡Oh! ¡Cuán difícil es contener la lengua, y cuán imposible hablar mucho sin reflexión y no cometer pecado! La abundancia de palabras es una pasión que subyuga á muchos, y que les hace caer en no pocas imprudencias. Salen las palabras de la boca como á borbotones, no se consideran, no se pesan, no hay puertas, ni cerrojos, ni frenos rectos, y, por consiguiente, se ofende á Dios y al prójimo con espantosa facilidad. «*¿Has visto al hombre que se precipita en sus conversaciones?*» Esto pregunta el Espíritu Santo en los Proverbios, y luego responde: «*Más se han de esperar de él necedades que enmienda.*» (Prov., XXIX, 20.)

¿Y qué diremos de tales lenguas cuando falta en ellas el temor de Dios? Claramente lo dijo San Pedro Damiano por estas palabras: «*Todo género de fieras se encuentra en ellas: se encuentra la ligereza de las aves, la ferocidad de los tigres y el veneno de las serpientes* (1).» Hay quien habla velozmente, sin discernimiento, y es gran necedad. (*Os fatuorum ebullit stultitiam.*—Prov., XV, 2.) Hay quien hiere y despedaza la reputación del prójimo y es un tigre por la fiereza. Hay quien adula, y miente y engaña á sus semejantes, á la manera de las serpientes que envenenan y matan. (*Acuerunt linguas suas sicut serpentis.*) (Psalm. CXXXIX.) En suma, hay lenguas que, como dijo el Apóstol Santiago, «*encierran un mundo de males* (III, 6), y que *el infierno es más tolerable que ellas.*» *Utilis potius infernus quam illa.* (Eccles., XXVIII, 25.)

¡Bienaventurado el que está á cubierto de la lengua maligna y el que no pasó por la ira de ella! ¡Bienaventurado el que sabe callar para aprender á hablar! Más fácil—dice el Kempis—es guardar silencio, que hablar sin excederse en palabras: ninguno habla más seguramente que el que calla de buen grado. (Lib. I, cap. XX.) Aprendamos, pues, á refrenar nuestra lengua, como se nos encarga en la Epístola de este día, pues escrito está en los Proverbios, que el que *guarda su boca y su lengua, libra á su alma de angustias* (2).

(1) S. Pedro Dam., lib. 2.º, epíst. 13.)

(2) Qui custodit os suum, et linguam suam, custodit ab angustis animam suam. (Prov., XXI, 23.)

PUNTO 2.º

MODO DE OBTENER LA PAZ CRISTIANA

Mas pasemos ya al versículo siguiente de dicha Epístola, que encierra en sí todo cuanto hay que hacer para ser buenos cristianos, santos y perfectos. Dice así: «*Apártese de lo malo, haga lo bueno, busque la paz y siga en pos de ella.*» (Verso 11.)—*Declinet a malo, et faciat bonum: inquirat pacem, et sequatur eam.* Aquí está todo, amados míos; porque quien no hace lo malo ya es bueno; quien practica en todo lo bueno, no es malo; quien busca la paz busca á Dios; y quien sigue en pos de Dios no andará en tinieblas, sino que tendrá luz de vida. Y ¿quién que tenga luz de vida deja de ser bueno, santo y perfecto?

Apartarse de lo malo es labor de *principiantes*; practicar además lo bueno, corresponde á los *proficientes*; buscar la paz, esto es, la unión con Dios, es propio de los *perfectos*; y seguir en pos de la paz, ó sea *la perseverancia* hasta el fin, pertenece á los *bienaventurados*. ¡Cuán ancha y espaciosa vía se ofrece aquí á las almas buenas si quieren trabajar en su perfeccionamiento! Ampliemos algún tanto estas ideas.

DECLINET A MALO.—Lo primero de todo es, *apartarse del mal*; es decir, apartarse del pecado, que es el mal absoluto, el mal por esencia, el mal sobre todo mal y que en sí mismo jamás contiene bien. Y comoquiera que el fundamento del pecado es nuestra perversa voluntad, que libremente se adhiere al objeto pecaminoso despreciando la voluntad de Dios, hemos de rechazar con resolución enérgica nuestra voluntad propia cuando intente separarse de los Mandamientos divinos, recordando aquellas palabras de San Juan: «*El que comete pecado es del diablo, porque el diablo desde el principio peca*»; es decir, que el pecador sigue las sugerencias, la doctrina, el ejemplo y el espíritu del demonio y se hace pertenencia suya (1). En esto se funda San Juan Crisóstomo para decir que hemos de huir del pecado más que del mismo Lucifer; porque este maligno espíritu por mucho que nos combata no puede arrebatarnos el reino de los cielos, pero el pecado grave nos priva en absoluto de él... Y añade el Santo que de igual manera hemos de evitar los pecados veniales; pues si alguno dijere en su corazón: «Estas

(1) Qui facit peccatum ex diabolo est. (I Joann., III, 8.)

son cosas leves, que no merecen la pena de cuidar de ellas, sería impenitencia y blasfemia horrible contra el Espíritu Santo (1).» Es palabra divina, que «*quien desprecia las faltas pequeñas, caerá en las grandes*».—*Qui spernit modica, paulatim decidit.* (Eccli., XIX, 1.)

FACIAT BONUM.—Mas nótese que nuestra Epístola no se detiene en que no hagamos nada malo, sino que á continuación amonesta que hagamos lo bueno.—*ET FACIAT BONUM.* Lo bueno, ya se entiende que es la virtud, la cual, según San Ambrosio, consiste «en no querer pecar y en obligar á la voluntad á perseverar en el apartamiento del pecado (2), ó como dijo San Agustín: La virtud es el arte de vivir bien y rectamente».—*Virtus est ars bene recteque vivendi.* (Lib. 4.º de Civit., cap. XXI.) Y claro es, que para vivir de esta manera se requieren las *obras virtuosas*, pues como ya nos advirtió nuestro Señor Jesucristo, «*no todos los que dicen: Señor, Señor, entrarán en el reino de los cielos, sino únicamente el que hiciere la voluntad de su Padre celestial*». (Matth., VII, 21.) Por consecuencia, todo árbol, todo cristiano que no llevare frutos de buenas obras, será cortado de la haz de la tierra y arrojado al fuego del infierno (Matth., III, 19); pues ya nos dijo el glorioso San Pablo: «Tribulación y angustia experimentará el hombre que obre mal; así como, por el contrario, tendrá gloria, honor y paz el que obre bien, y de tal suerte, que cada cual recogerá lo que siembre, el que mucho, mucho; el que poco, poco; el que nada, nada; y el que siempre viento, recogerá tempestades (3).»

¡Bienaventurado el hombre que practica las virtudes! porque las verdaderas riquezas en esta vida no son el oro y la plata, sino la acumulación de actos virtuosos, que por eso dijo el Señor en el Sagrado libro de los Proverbios: «*Oídme, hijos míos: Bienaventurados son los que guardan mis caminos*; (es decir, los Mandamientos). *Bienaventurado el hombre que me oye... mas el que pecare contra Mí, dañará á su alma. Todos los que me aborrecen, aman la muerte.*» (Prov., VIII, 32 al 36.) Lo cual es como si el Señor dijera: Todas las personas que desechan los avisos saludables que yo les doy, se

(1) Nemo dicat in corde suo: Levia sunt ista, non curo corrigere... Haec enim, di lectissimi, impenitentia, haec blasphemia in Spiritum Sanctum, haec blasphemia irremissibilis (S. Bern., Sermon. 1.º in Convers. S. Pauli.)

(2) Virtus est nolle peccare, atque ita tenere perseverantium voluntatis. (Lib. VII in Luc., cap. XVIII.)

(3) Tribulatio et angustia in animam omnis hominis operantis malum; gloria autem et honor, et pax omni operanti bonum. (Rom., VI, 9-10.)—Qui parce seminat, parce et metet: et qui seminat in benedictionibus, de benedictionibus et metet. (Corint., IX, 6.)

causan á sí mismas la muerte del alma, porque no obran lo bueno y se privan de la verdadera vida.

INQUIRAT PACEM.—Ya veis, carísimos hermanos, cuánto importa no hacer nada malo y practicar lo bueno; pero con esto no lo hemos dicho todo, pues por algo San Pedro añade en dicha Epístola: BUSQUE LA PAZ.—(*Inquirat pacem.*)

¿Qué paz es esta que hemos de buscar? Claramente lo dice San Pablo en su Epístola á los Romanos: «*El reino de Dios—dice—no es comida, ni bebida, sino justicia, y paz y alegría en el Espíritu Santo* (1).» Es decir, que la paz objeto de nuestros deseos es la que da la justificación, es el estado de gracia, es la pureza de la conciencia, es la vida inmaculada, es la que Jesucristo trajo del cielo á la tierra y que se obtiene por la buena voluntad, pues por algo los ángeles, al nacer el Salvador, hubieron de entonar aquel sublime cántico de alegría: «*Gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.*»—*Et in terra pax hominibus bonae voluntatis.* (Luc., II, 14.)

En suma, la paz que hemos de buscar es el mismo Jesucristo, porque El no sólo es *la paz por esencia y el Príncipe de la paz*, como ya proclamaron los Profetas sino el dador de la paz; y así lo manifestó á sus discípulos antes de morir, diciéndoles: «*La paz os dejo, mi paz os doy; no como la da el mundo. No se turbe vuestro corazón, ni se acobarde.*» (Joann., XIV, 27.)

Por último, dícenos el Príncipe de los Apóstoles en nuestra Epístola que *sigamos en pos de la paz* (ET SEQUATUR EAM), es decir, en pos de Jesucristo, *Rey de paz*, cuyo reino no tendrá fin (2). Esto es, carísimos hermanos, lo que pedimos al Señor todos los días, cuando decimos en el Padrenuestro: «*Venga á nos el tu reino.*» Reino de paz que, según expone San Juan Crisóstomo, es de cuatro maneras: 1.^a Sometiendo la carne al espíritu, para que las pasiones estén sumisas, y el alma goce de paz. 2.^a Reconciliándonos con el Padre celestial, para que seamos sus verdaderos amigos. 3.^a Uniendo á todos los pueblos y naciones con el dulce lazo de la caridad. 4.^a Concediendo á todos los unidos en Jesucristo la gracia de la perseverancia y que gocen de paz continua.—*Et regnum ejus non erit finis.*

He concluido, amados míos, lo que me propuse explicaros en la presente Dominica. Sólo me resta amonestaros con la misma Epí-

(1) Non est regnum Dei esca et potus, sed justitia, et pax, et gaudium in Spiritu Sancto. (Rom., XIV, 17.)

(2) Et pacis non erit finis. (Isai., IX, 7.)

tola de hoy diciéndoos: Hermanos; *santificad en vuestros corazones á Cristo nuestro Señor, hallándoos dispuestos á defender vuestra Religión contra los impíos que la combaten* (Verso 15)... *y si alguna cosa padecéis por la justicia, sois bienaventurados, porque los ojos del Señor están sobre los justos, y sus oídos en los ruegos de ellos; así como el rostro* (indignado) *del Señor está sobre los pecadores. ¿Quién podrá dañaros si abrazáis el bien?* (Verso 12).—Nadie; y podéis tener la seguridad, en cuanto es posible, que después del tránsito fugaz por esta vida, alcanzaréis del Señor una eterna gloria, que disfrutaréis en las mansiones celestiales, por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA 1.^a

Para el Domingo VI después de Pentecostés.

El Bautismo y sus efectos.



AMADOS míos en el Señor: La Iglesia nuestra Madre pone hoy á nuestra consideración los primeros versículos de la Epístola de San Pablo á los Romanos en su capítulo VI, á fin de hacernos comprender que los cristianos, no solamente *hemos de morir á todo pecado, sino que hemos de perseverar y crecer en la santidad* recibida por Cristo nuestro Señor en el Santo Bautismo. Imposible es elegir doctrina más importante y más provechosa para nuestro espíritu. Oigamos al grande Apóstol en dicha Epístola. Dice así:

«*Hermanos: ¿no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Jesucristo, hemos sido bautizados en su muerte? En realidad, somos sepultados con él en muerte por el Bautismo; para que como Cristo resucitó de muerte á vida por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en novedad de vida. Porque si fuimos plantados juntamente con El á la semejanza de su muerte, lo seremos también á la de su resurrección.*» (Rom., VI, 3 á 6.)

Quiere esto decir, amados míos, que los que nos hemos unido á Jesucristo por el Bautismo, como los miembros con su cabeza, lo